

MÁS DURA SERÁ LA CAÍDA
VICENTE GARRIDO

El sueño de Erasmus

Me parece imposible conciliar el discurso vacuo y ramplón del populismo con esas vivencias de mezcla y unión que representan estos chicos



La muerte de Manuel Marín en los medios nos recuerda que en su gran sueño de construir una Europa fuerte con España en su seno, fue el alma del proyecto Erasmus, con el que tantos miles de estudiantes universitarios viven una gran experiencia personal y académica en otros países, algo que sin duda recordarán con nostalgia en los años venideros. En mi puesto de profesor de la Universidad de Valencia todos los años disfruto de su presencia, de su entusiasmo en aprender y conocer nuestra cultura, de la –generalmente– tristeza que les invade cuanto llega el momento de marcharse.

España es uno de los destinos favoritos de los erasmus, y no hace falta pensar mucho para comprender la razón: nuestra cercanía en el trato y cui-

dado con que los tratamos, nuestras universidades hospitalarias y –a pesar de todo– bien valoradas por ellos, el clima, la rica cultura que ha conformado nuestra milenaria historia, todo ello constituye un gran estímulo para que durante un curso académico puedan acumular vivencias y conocimientos nuevos. E igualmente, cuando pregunto a los estudiantes de mi universidad por sus estancias en otras ciudades europeas, la abrumadora mayoría me comenta positivamente su experiencia.

Me gusta hablar con los erasmus tomando un café, en la terraza soleada de cualquier día entre clase y clase, preguntarles por sus experiencias entre nosotros, las cosas que más les han sorprendido, las diferencias con sus costumbres, con sus planes de estudio

de las universidades de las que proceden. En esos momentos de cercanía, cuando ya no existe la distancia del rol entre profesor y alumno, me doy cuenta de que muchas de las cicatrices actuales de Europa proceden de que todavía no hay bastantes erasmus, porque me parece imposible conciliar el discurso vacuo y ramplón del populismo, el nacionalista y de cualquier condición, con esas vivencias de mezcla y unión que representan estos chicos.

Quizás sea cuestión de la edad; uno vuelve a su casa, se hace mayor y se ve obligado a marcar fronteras, a pelear por mantener viejas creencias o hábitos que recuerdan que hay ganadores y perdedores, o se dejan engatusar por los discursos de los falsos redentores. Porque Europa, a pesar de todo, es una conquista gigantesca de la civilización, y me duele profundamente cuando se ve atacada por quienes, en su mediocridad, celebran cualquier retroceso en el camino hacia el progreso. Estos manipuladores de las palabras y de las ideas hacen mucho daño, pero quiero pensar que los erasmus estarán ahí para recordarnos que en ellos está la esperanza del futuro, que dentro de más años toda esa riqueza se hará oír con fuerza, que esa alegría que yo veo ahora en sus rostros no podrá ser borrada. Es ese sueño de Manuel Marín al que consagró su vida, y que tanto bien ha hecho a miles de jóvenes, llamado Europa.